

Adoctrinamiento moral, realismo y trascendencia en las obras de Manuel Polo y Peyrolón y Pedro Antonio de Alarcón

Moral indoctrination, realism and transcendence in the works of Manuel Polo y Peyrolón and Pedro Antonio de Alarcón

Javier ESTEVE MARTÍ
Universitat de València

Matías SALAZAR GONZÁLEZ
Universidad de Chile

RESUMEN

Manuel Polo y Peyrolón y Pedro Antonio de Alarcón tuvieron en común una trayectoria política que los llevó al Congreso y una carrera literaria que tuvo sus episodios más brillantes en la década de 1870. Terminada ésta, ambos autores dieron muestras de una obsolescencia estética y literaria que se manifestó en el recurso a personajes descritos en términos maniqueos o en la interrupción de sus obras con exhortaciones políticas y morales. En este artículo consideramos que la literatura, susceptible de ser empleada para difundir lecturas del pasado, discursos morales e imaginarios políticos, constituye un campo de estudio histórico consolidado. También partimos de la hipótesis de que su involución privó a Polo y Alarcón del respaldo del público y/o de la crítica. Pese a que otros literatos les advirtieron del peligro de devenir irrelevantes, pretendemos demostrar que la decisión de convertir sus trabajos literarios en ejercicios de intransigencia ideológica fue una respuesta calculada –pero también pesimista– al cierre de oportunidades políticas que la consolidación del proyecto canovista supuso para la facción más reaccionaria del Partido Conservador y para los seguidores de Carlos VII.

PALABRAS CLAVE

Literatura; Restauración borbónica; contrarrevolución; conservadurismo; trascendencia; moral.

ABSTRACT

Manuel Polo y Peyrolón and Pedro Antonio de Alarcón had in common a political career that took them to Congress and a literary vocation that had its most brilliant episodes in the 1870s. After this, both authors showed signs of an aesthetic and literary obsolescence which was manifested in the abuse of characters described in Manichean terms or in the interruption of their works with political and moral exhortations. In this article we consider that literature, which can be used to disseminate readings of the past, moral discourses and political imaginaries, constitutes a consolidated field of historical study. We also start from the hypothesis that their involution deprived Polo and Alarcón of public and/or critical support. Even though other writers warned them that they were in danger of becoming irrelevant, we intend to demonstrate that the decision to convert their literary works into essays of ideological intransigence was a calculated response –but also a pessimistic one– to the closure of political opportunities suffered by the reactionary faction of the Conservative Party and the followers of Charles VII with the consolidation of the Canovist project.

KEYWORDS

Literature; Borbonic Restoration; counterrevolution; conservatism; transcendence; morals.

CÓMO CITAR/ HOW TO CITE: Javier ESTEVE MARTÍ y Matías SALAZAR GONZÁLEZ, “Adoctrinamiento moral, realismo y trascendencia en las obras de Manuel Polo y Peyrolón y Pedro Antonio de Alarcón”, *Rubrica Contemporanea*, vol. XIII, n. 28 (2024), pp. 175-193.



Artículo recibido el 8-2-2024 y admitido a publicación el 16-5-2024.

<https://doi.org/10.5565/rev/rubrica.387>

Rubrica Contemporanea, vol. XIII, n. 28, 2024
ISSN. 2014-5748



Manuel Polo y Peyrolón (1846-1918), nacido en la provincia de Cuenca en el seno de una familia acomodada, pasó la mayor parte de su infancia en la Sierra de Albarracín (Teruel), cadena montañosa desde la que marchó a Valencia y Madrid para completar sus estudios superiores. Gracias a estos pudo desempeñar una notable labor como docente y pedagogo, pues ejerció como catedrático de instituto en la ciudad de Valencia durante la mayor parte de su vida. Hijo de un combatiente tradicionalista que peleó en la Primera Guerra Carlista (1833-1840), su hermano se unió a las huestes legitimistas en su combate contra la monarquía de Amadeo, la Primera República y el régimen de la Restauración (1872-1876). Aunque Polo continuó con la tradición familiar de servir a la dinastía proscrita, se decantó por hacerlo a través de la vía propagandística e institucional. Como publicista católico, se convirtió en escritor y periodista y publicó cientos de artículos y opúsculos. Además, a partir de 1891 emprendió una carrera política que lo llevó a convertirse en uno de los líderes del carlismo durante los últimos años del siglo XIX y las dos primeras décadas de la siguiente centuria. De hecho, ejerció durante varios períodos como líder del partido legitimista en Valencia, provincia en la que fue elegido diputado y senador¹.

Pedro Antonio de Alarcón (1833-1891) nació en una familia de labradores de Guadix cuyo porvenir quedó truncado como consecuencia de la Guerra de la Independencia española (1808-1814). Fruto de ello, tuvo que conformarse con cursar un único año de la carrera de Derecho en la Universidad de Granada y con realizar el resto de sus estudios superiores en el Seminario de Guadix. Inclinado a la escritura desde la más tierna infancia, era casi un adolescente cuando inició su carrera como periodista, durante la que formó parte de las plantillas de *El Eco de Occidente* (Cádiz y Granada), *La Redención* (Granada) o *El Látigo* (Madrid). Durante su juventud comulgó con ideas revolucionarias, circunstancia que le llevó a implicarse en la Vicalvarada (1854) y a emplear las páginas de las publicaciones en las que sirvió como redactor y director para atacar a la Iglesia, al Ejército y a la monarquía. Sin embargo, pronto moderó sus posiciones. De hecho, la obra que le encumbró fue *Diario de un testigo de la guerra de África* (1859), una compilación de crónicas escritas durante su intervención como soldado voluntario en la Guerra de África en la que aunó periodismo, costumbrismo, patriotismo y diatribas moralistas. Durante las siguientes dos décadas, Alarcón desarrolló una extensa carrera política en virtud de la cual ejerció como diputado, senador y consejero de Estado en representación de la Unión Liberal, primero, y del Partido Conservador, después².

Alarcón publicó cuentos y relatos breves durante gran parte de su vida, pues el primero de ellos apareció en 1852 (*El amigo de la muerte*) y el último data de 1881 (*La mujer alta*)³. Sin embargo, su carrera como novelista fue efímera, pues salvo por *El final de Norma* (1855) publicó todas sus novelas entre 1874 (*El sombrero de tres picos*) y 1882. En este último año dio a la imprenta *La Pródiga* y decidió abandonar una carrera como novelista que en gran medida se había desarrollado durante las pausas de su trayectoria política. En el caso de Polo, sus primeros escritos también fueron cuentos, inicialmente

1. Javier URCELAY ALONSO (int. y ed.), *Memorias políticas de M. Polo y Peyrolón (1870-1913). Crisis y reorganización del carlismo en la España de la Restauración*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2013.

2. Antonio LARA RAMOS, *Pedro Antonio de Alarcón*, Granada, Comares, 2001; Enrique RUBIO CREMADES, “La realidad de la Guerra de la Independencia poetizada por Pedro Antonio de Alarcón”, *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, 25 (2019), pp. 171-172, https://doi.org/10.25267/Cuad_Ilus_romant.2019.i25.11, y Francisco Javier DÍEZ DE REVENGA, “Pedro Antonio de Alarcón y la Guerra de la Independencia: historia y ficción”, *Boletín del Centro de Estudios Pedro Suárez*, 22 (2009), p. 309.

3. Esteban GUTIÉRREZ DÍAZ-BERNARDO, *El cuento español del siglo XIX*, Madrid, Laberinto, 2003, p. 90.

publicados en la prensa periódica y más adelante compilados en volúmenes como *Borrones ejemplares* (1883), *Bocetos de brocha gorda* (1886) o *Pepinillos en vinagre* (1891). Sus primeras novelas vieron la luz durante el Sexenio Democrático (1868-1874), pero no fue hasta 1878 cuando, con *Los Mayos*, registró su mayor éxito literario. Durante las siguientes décadas, el escritor afincado en Valencia dio prioridad a su carrera como propagandista y político, razón por la que el ritmo al que publicaba novelas se redujo de forma drástica⁴.

En este texto partimos de la idea de que, a lo largo del siglo XIX, se produjo la consolidación de la figura del notable que, cuando acudía al campo de las letras, lo hacía movido por el deseo de reivindicar para sí mismo un mayor protagonismo en la esfera pública. Por tanto, estimamos que los literatos escribían desde la conciencia de que podían transformar la sociedad y con la convicción de que la novela y los relatos cortos eran una vía adecuada para imponer discursos morales, lecturas del pasado e imaginarios políticos⁵. Compartimos, pues, el planteamiento de Isabel Burdiel, historiadora que ha señalado que durante el siglo XIX la literatura fue fundamental para extender la idea de que se vivía un período de cambios sin precedentes y que ha apuntado que las novelas fueron empleadas tanto para difundir proyectos involucionistas como para divulgar nuevos paradigmas políticos, sociales y morales⁶. En otro orden de cosas, también estamos de acuerdo con el historiador Quentin Skinner, que al rechazar los argumentos de quienes consideran que para recuperar el verdadero significado de un texto se debe ignorar la intencionalidad de su autor, ha contribuido a definir un campo de estudio centrado en el análisis de textos literarios⁷.

Nuestro objetivo es demostrar que, tras saborear las mieles del éxito literario, tanto Polo como Alarcón sucumbieron a la tentación de escribir novelas cuyas ansias por adoctrinar al público eran cada vez más notorias. Asimismo, también pretendemos profundizar en cómo se produjo la devastación de su prosa. En este punto, partimos de la hipótesis de que fue precisamente su excesiva ambición docente la que los condujo a dibujar personajes marcados por el maniqueísmo y la intransigencia o a interrumpir el curso natural de sus relatos con el objetivo de introducir discursos políticos y morales ajenos a la trama de sus obras. En cuanto a los motivos que explicarían lo que podríamos considerar un sacrificio artístico, trataremos de demostrar que ambos autores se vieron influidos por las consecuencias de la estabilización del régimen de la Restauración. Los dos se dieron cuenta de que ésta suponía el cierre de la aventura revolucionaria iniciada en 1868, pero también el fracaso de los sectores más intransigentes del Partido Conservador en su intento por imponer sus principios y un rudo golpe para quienes anhelaban la restauración integral de la política y la sociedad españolas. Por último, puesto que todo lo anterior implicó que Polo perdiera el favor de buena parte del público y Alarcón sufriese los desplantes de la crítica literaria, trataremos de desarrollar la idea

4. María Luisa LANZUELA CORELLA, *Vida y obra de Manuel Polo y Peyrolón*, Madrid, Caja de Ahorros y Monte de Piedad, 1988.

5. Javier FERNÁNDEZ y Joëlle CHASSIN, *L'avènement de l'opinion publique: Europe et Amérique, XVIIIe-XIXe siècles*, París, L'Harmattan, 2004, e Ignacio Javier LÓPEZ, *La novela ideológica (1875-1880): la literatura de ideas en la España de la Restauración*, Madrid, Ediciones de la Torre, 2014, p. 171.

6. Isabel BURDIEL, "Lo que las novelas pueden decir a los historiadores. Notas para Manuel Pérez Ledesma", en José ÁLVAREZ JUNCO, Rafael CRUZ y Florencia PEYROU (coords.), *El historiador consciente. Homenaje a Manuel Pérez Ledesma*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 2015, pp. 263-282.

7. Quentin SKINNER, "Motivos, intenciones e interpretación", *Ingenium. Revista de historia del pensamiento moderno*, 1 (2009), pp. 77-92.



de que fue la conciencia de su creciente irrelevancia la que los llevó a dejar de lado e incluso a abandonar un género literario que habían abrazado con la esperanza de ganar en trascendencia.

Para tratar de cumplir con los objetivos señalados, en las próximas páginas realizaremos un recorrido selectivo por la obra de Alarcón y de Polo. En el caso del escritor guadijeño, el grueso de nuestra atención se centrará en *El escándalo* (1875) y *El niño de la bola* (1880). Las razones que explican esta decisión son simples: la primera de estas obras fue su mayor éxito, mientras que la segunda puso en duda su capacidad para adaptarse a las exigencias de un público y una crítica en constante evolución. También prestaremos cierta atención a *El sombrero de tres picos* (1874) y *La Pródiga* (1882), obras que supusieron el principio y el final de su carrera como novelista. En el caso de Polo, en este artículo pondremos el foco en *Los Mayos* (1878) y *Pacorro* (1905). También en esta ocasión, las causas que han motivado nuestra decisión son sencillas: la primera supuso su mayor triunfo como novelista, mientras que la segunda constituyó un desafortunado intento de reverdecer los laureles literarios marchitos tras décadas de irrelevancia. Asimismo, también volveremos la mirada a *Los mellizos* (1871), *La tía Levítico* (1871), *Lo que puede una mujer* (1872), *Sacramento y concubinato* (1884) y *Quién mal anda ¿cómo acaba?* (1890).

El triunfo del maniqueísmo

178

El escándalo (1875) es una novela protagonizada por Fabián Conde, joven cuyo padre, el conde de la Umbría, ejerció como comandante durante la Primera Guerra Carlista (1833-1840). En el curso de este conflicto, el conde de la Umbría perdió la vida y el honor, pues tras morir fue acusado de traidor por la Regencia de María Cristina de Borbón-Dos Sicilias. Como consecuencia, el Gobierno suprimió su título nobiliario y Fabián vivió su infancia y juventud en el anonimato de la huerta valenciana. De hecho, solamente fue consciente de la verdadera identidad de su padre cuando su madre ya se debatía entre la vida y la muerte. Completamente huérfano, Fabián se trasladó a la Corte, donde se convirtió en una celebridad por sus aventuras en los casinos, las alcobas de las damas y el campo del honor. Todo cambiaba cuando un hombre recién llegado de América le confesaba que la historia que ennegrecía la reputación de su padre era falsa: si lo habían interceptado en plena noche fuera de la plaza cuya defensa comandaba no era porque fuese a entregarla a los carlistas, sino porque mantenía una relación carnal con la esposa del gobernador civil.

En esta obra, Alarcón trató sobre la amistad de Fabián con Lucas y Diego. La primera se rompía cuando Lucas recomendaba a Fabián que no restableciese el honor de su padre, pues para hacerlo tendría que ocultar que éste había mantenido una relación adúltera. En cuanto a la segunda, quedaba destruida cuando Diego era convencido por su esposa Gregoria de que Fabián la había ultrajado. Si esta acusación pasaba por creíble es porque Fabián había sido todo un crápula. De hecho, fue durante una de sus últimas calaveradas cuando conoció a Gabriela, sobrina de un general destinado a Canarias con cuya esposa mantenía una relación sentimental. Aunque la Generala se enfurecía al saber que su amante se había enamorado de su sobrina, el sorpresivo retorno de su esposo la obligaba a hacer pasar a Fabián por el novio de Gabriela. Sin embargo, ésta pronto descubría la verdad y escapaba a un convento. Fabián, desesperado, respondía primero dando rienda suelta a su naturaleza libertina, pero pasados unos meses se proponía enmendarse y aceptaba un cargo diplomático en Londres. Durante su estancia en Inglaterra, Diego se encargaba de convencer a Gabriela y a sus padres de que Fabián se

había convertido en un buen partido. Sin embargo, precisamente cuando Fabián volvía a España con la perspectiva de desposarse con Gabriela, su amistad con Diego quedaba troncada y su viejo amigo le amenazaba con revelar las mentiras de las que se había valido para restaurar el honor de su padre, recomendar a Gabriela que no se casara con él, advertir a los padres de la joven de su antiguo amorío con la Generala, hacer públicas sus calaveradas y batirse con él a vida o muerte.

Apenas unas horas antes de que Diego fuera a buscarlo para arrastrarlo al campo del honor, Fabián acudía desesperado al padre Manrique que, tras escuchar sus desventuras, le recomendaba repartir su fortuna entre los niños expósitos, renunciar a su título nobiliario, pedir perdón a Lázaro y desistir de su proyectado matrimonio para así merecer el perdón de Diego. Cumplido lo propuesto por el jesuita, Lázaro entregaba a Diego una carta en la que Fabián le informaba de todas las medidas que había tomado para obtener su perdón y se negaba a batirse en duelo con él. Justamente cuando Fabián, ya completamente resignado, se disponía a trasladarse a la hospedería de San Vicente de Paúl, en la que planeaba instalarse mientras se preparaba para ingresar en el clero y convertirse en misionero, le llegaba la noticia de que su viejo amigo Diego, moribundo, le rogaba que acudiese a visitarlo para endulzar con su presencia su agonía. Con su último aliento, Diego, que había renunciado a emprender cualquier acción contra Fabián, le pedía que se casase con Gabriela, como así acabaría sucediendo un mes después de la muerte del esposo de Gregoria.

En esta exitosa novela, Alarcón contrapuso a los personajes de Lázaro y Diego. El primero, que formaba parte de la aristocracia, se destacaba por su hermosura, por su porte y por una “instrucción que revelaban sus modestas y sobrias observaciones”. Por el contrario, el segundo era un pobre expósito que sufría de un físico imperfecto, ignoraba las convenciones sociales y carecía de elegancia⁸. La contraposición de los dos únicos amigos de Fabián permitió al escritor guadijeño explorar cuestiones morales, pero también supuso una ocasión propicia para que éste naturalizase las diferencias que surcaban la sociedad finisecular. En todo caso, somos de la opinión de que un lector ecuánime no podría definir como inherentemente malvado a uno solo de los personajes que pululan por las páginas de *El escándalo*. De hecho, Diego, que en la segunda mitad de la obra funciona como antagonista, fue descrito por Alarcón como el producto de una mezcla de cualidades y defectos. Es más, en un pasaje de la novela, Fabián confesaba al padre Manrique que, en ocasiones, sentía verdadera admiración por Diego, pues en sus mejores momentos era capaz de entregar limosnas generosas, asistir de balde a enfermos menesterosos y acoger en su casa a vagabundos⁹.

Por tanto, estamos lejos de encontrar en Diego a un misántropo de la talla de Vitriolo, personaje con el que años después el escritor guadijeño horrorizó a la crítica literaria en *El niño de la bola*. Aunque no cabe duda de que censuraba el inconformismo de Diego, hasta el punto de que no parece casualidad que lo hiciese morir por un exceso de bilis, Alarcón no cayó en la tentación de dibujarlo como un personaje grotesco, ajeno al pacto de verosimilitud que debería dominar la relación entre escritor y lector en una novela realista. En una línea similar, tampoco nos parece inequívocamente malvada Gregoria, cuya decisión de mentir a Diego para indisponerlo con Fabián fue explicada por el padre Manrique como fruto de la falta de amor propio de una mujer que, si bien era “más vana que concienzuda” y “más presuntuosa que honrada”, en realidad solo anhelaba

8. Pedro Antonio de ALARCÓN, *El escándalo*, Madrid, Medina y Navarro, 1875, pp. 69-70.

9. *Ibidem*, pp. 76-77.



el amor incondicional de su esposo¹⁰. En nuestra opinión, Gregoria, mujer de extracción social humilde y criada en Madrid, es simplemente un personaje construido como contrapunto de Gabriela, que por su origen aristocrático y su educación rural es descrita como un dechado de virtudes.

La contraposición de ambas mujeres sirvió a Alarcón para exaltar la superioridad de un mundo rural que el escritor granadino consideraba impermeable a fenómenos que, como el triunfo del liberalismo, la modernización de las costumbres o la multiplicación del proletariado, habían transformado la vida en las ciudades españolas contemporáneas. Ahora bien, en su empeño por criticar la moderna vida urbana, Alarcón no sucumbió a la tentación maniquea de convertir a Gregoria en un personaje risible. Todo lo contrario: se limitó a contraponer su modelo de mujer educada en la moral cristiana y los valores tradicionales que imperaban en el medio rural con su particular representante de las doncellas que habían bebido de las fuentes de la modernidad que brotaban en las ciudades. Este tema, explorado por Emilia Pardo Bazán¹¹ a través de los personajes de Carmiña y Mo en la novela *Una cristiana* (1890), también podemos encontrarlo en *Sacramento y concubinato* (1884), obra en la que Polo comparó a Casilda –a la que decidió otorgar el título de “montañesa legítima”– con Andrea, una joven que, habiéndose dejado contagiar por las transformaciones características de los últimos tiempos, accedía a contraer matrimonio civil¹².

180

Ciertamente, en *El escándalo* es posible encontrar a personajes que siempre se comportan de forma honorable. En nuestra opinión, esta temprana concesión al irrealismo se debe a que dichos personajes servían a Alarcón como auténticas guías morales. Si bien consideramos que el caso más destacable es el de Lázaro, del que el mismo escritor guadijeño aseguró que predicaba y practicaba el bien absoluto¹³, la crítica literaria centró su atención en el padre Manrique. En realidad, esto no resulta sorprendente, pues el comportamiento de este personaje, su relación con Fabián Conde y el mismo hecho de que perteneciera a la Compañía de Jesús hacen patente que, en un contexto en el que el canciller alemán Otto von Bismarck se hallaba engolfado en plena *Kulturkampf* (1871-1878), Alarcón consideraba deseable que la Iglesia católica retomara su control moral sobre la vida social¹⁴. Aunque en su momento esto causó revuelo, lo cierto es que años después literatos como Juan Valera o Leopoldo Alas *Clarín* también reivindicaron el derecho de la Iglesia católica a someter a examen moral la esfera social. En cuanto a Lázaro, estimamos que la razón por la que Alarcón retrató al hijo del marqués de Pinos y de la Algara en términos decididamente laudatorios es que pretendía erigirlo en representante de las élites sociales en las que, a través de la caridad y el paternalismo, buscaba respuesta a los crecientes problemas sociales que inquietaban al conservadurismo finisecular.

En realidad, ya en la exitosa novela *El sombrero de tres picos* (1874) Alarcón había dibujado personajes cuyo retrato contrasta con el del ya mencionado Vitriolo. Si,

10. Ibidem, p. 271.

11. Sobre la novelista coruñesa, véase Isabel BURDIEL, *Emilia Pardo Bazán*, Madrid, Taurus, 2019.

12. Acerca de estas cuestiones, léase Manuel POLO Y PEYROLÓN, *Matrimonio civil o sacramento y concubinato*, ed. de Zaragoza, Mira, 2000, pp. 28-40, y Rocío CHARQUES, “Recorriendo Madrid. Una cristiana y La Prueba de Emilia Pardo Bazán”, *Anales de literatura española*, 24 (2012), pp. 215-225, <https://doi.org/10.14198/ALEUA.2012.24.13>.

13. ALARCÓN, *El escándalo*, pp. 259-270 y 321-322.

14. LÓPEZ, *La novela ideológica...*, pp. 180-183.

como veremos en el caso de este último, la podredumbre moral iba de la mano de un físico desagradable, en el del tío Lucas, molinero protagonista de *El sombrero de tres picos*, nos encontramos con un personaje tan poco agraciado como simpático, valeroso, leal, habilidoso y honrado. De hecho, Frasquita afirmaba que su esposo era “más feo que el bú” y “más bueno que el pan”¹⁵. Como se verá más adelante, el retrato que Alarcón realizó de esta pareja de molineros es ambivalente, razón por la que en el epílogo de la novela decidió premiarlos y castigarlos a partes iguales. Dejando para próximos epígrafes el caso del tío Lucas y de Frasquita, cabe destacar que en *El sombrero de tres picos* el escritor granadino demostró que era capaz de dibujar personajes algo más planos, pues en esta novela describió al corregidor como un hombre jorobado, cuya natural fealdad se agravaba por la pérdida de los dientes, la coloración cetrina de la piel y una mirada en la que relampagueaban la cólera, la lujuria y el despotismo que guiaban sus acciones¹⁶.

Como cuando contrapuso a los personajes de Gabriela y Gregoria, al ridiculizar al corregidor de *El sombrero de tres picos* Alarcón –que era partidario de que las relaciones entre individuos quedasen inscritas en la esfera de lo particular, librándose de la intervención de agentes estatales– tenía como meta presentar una visión idealizada del mundo rural y transmitir la idea de que la ciudad y las instituciones liberales eran focos de corrupción. Por tanto, no resulta sorprendente que se cuidara de destacar que la virtuosa esposa del corregidor había nacido y se había criado en el seno de una insigne familia de Guadix. Por el contrario, el magistrado, como emisario del poder central llegado desde la capital, era acusado de contaminar las tierras granadinas con una política intrínsecamente asociada a las malas artes. Como en el caso del escritor carlista José María de Pereda, la intrusión de la política en el mundo rural fue presentada por Alarcón en términos críticos¹⁷. En una línea similar, en *La tía Levítico* (1871) Polo dibujó al alcalde de Tramacastilla como un personaje con luces y sombras. El tío Mamés, demasiado aficionado a la bebida y las fiestas, gestionaba el consistorio de forma deficiente, pues dilapidaba los caudales de las arcas públicas en festejos. Con este retrato, el catedrático de instituto cumplió con el objetivo de denunciar las consecuencias de que la política se entrometiera en el funcionamiento de las comunidades rurales. Sin embargo, lo hizo sin necesidad de demonizar al tío Mamés, pues si este hombre, descrito como naturalmente bueno, había osado atentar contra el erario, ello se debía a que era analfabeto y poco ducho en cuestiones ajenas a la tradición¹⁸.

Incluso el retrato del infame y pueril corregidor de *El sombrero de tres picos*, que, como veremos más adelante, encontró una particular redención en el epílogo de la novela, palidece si lo comparamos con el de Vitriolo, joven boticario de aspecto monstruoso y vestimentas ridículas que, en *El niño de la bola* (1880), se define a sí mismo como filósofo, impresiona a los jóvenes peor educados con sus feroces diatribas anticlericales y libra una sorda lucha con el cura Trinidad Muley por desarraigar las ideas religiosas de

15. Pedro Antonio de ALARCÓN, *El sombrero de tres picos*, ed. de Alicante, Aguaclara, 1988, pp. 48-49 y 63.

16. *Ibidem*, pp. 56-57.

17. Marcelino MENÉNDEZ PELAYO, “Noticias literarias”, *La Ilustración Española y Americana*, 28-2-1879, y Manuel SUÁREZ CORTINA, “José María de Pereda. Tradición, regionalismo y crítica de la modernidad”, en Antonio MONTESINOS GONZÁLEZ (ed.), *Estudios sobre la sociedad tradicional cántabra. Continuidades, cambios y procesos adaptativos*, Santander, Universidad de Cantabria-Asamblea Regional de Cantabria, 1995, pp. 317-334.

18. Manuel POLO Y PEYROLÓN, *La tía Levítico. Cuadro de costumbres de la sierra de Albarracín*, Valladolid, Viuda de Cuesta e Hijos, 1882, pp. 35-37 y 45-46.



la población de Guadix, en la que se desarrolla la trama. En nuestra opinión, no resulta baladí que, con el paso de las páginas, Vitriolo pierda la admiración de los jóvenes rebeldes del municipio en el que habita: que los republicanos pintados para la ocasión encuentren escandalosas sus bravatas misántropas pone de relieve que el único móvil que orienta su acción es *el mal por el mal*, circunstancia que, dadas sus credenciales político-religiosas, convierte a este personaje en una caricatura. De hecho, Vitriolo, del que Alarcón llegó a afirmar que “era de lo más feo que Dios ha criado”¹⁹, fue definido por Clarín como “una mueca de asco” o “una pesadilla de una noche de indigestión”. En realidad, lo realmente importante es que el autor de *La Regenta* lo tachó de “invención ajena a toda realidad” o “símbolo arbitrario y repugnante de lo que no existe”. Con ello, denunció que éste era un personaje inverosímil, nacido del afán didáctico de un Alarcón que, esta vez sí, se dejó llevar por la tentación de reproducir un retrato maniqueo de la realidad²⁰.

En el caso de Polo, en sus primeras novelas también exploró asuntos morales a través de la contraposición de personajes como los dos hermanos protagonistas de *Los mellizos* (1871). Por un lado, Pepe, sano, robusto, trabajador y cristiano; por el otro, Julián, enclenque, enfermizo y malicioso. Que el segundo asesinara a un lugareño y dejara que fuera su hermano el que pagase por el delito que él había cometido parece indicativo de que el escritor carlista había sucumbido a la tentación de dibujar un personaje rematadamente malo y reducido la exuberante complejidad de la realidad a un sencillo enfrentamiento entre el bien y el mal. Sin embargo, aunque inicialmente celebraba el encarcelamiento de su hermano y ni siquiera se inmutaba ante el fallecimiento de su disgustada madre, finalmente los valores que sus padres le habían transmitido por medio de una educación cristiana y tradicional se imponían y Julián, arrepentido, marchaba a la prisión en la que languidecía su hermano para reconocerse como verdadero autor del crimen que retenía a Pepe entre rejas²¹.

Por otra parte, en *Lo que puede una mujer* (1872) Polo dibujó el personaje de Ricardo, joven serrano que se había pervertido durante su estancia en la capital del Redino²². En realidad, este tópico no fue exclusivo del catedrático de instituto, pues en *Una cristiana* (1890) Pardo Bazán también presentó a un aldeano que, como Ricardo, partía hacia la corte con la intención de cursar estudios superiores. Para la escritora coruñesa, la capital no solamente era un foco irradiador de corrupción, sino que también podía ser un espacio de oportunidad²³. Por el contrario, Polo siguió la línea de Pereda, escritor que cultivó un *antimadrileñismo* que le llevó a pintar con trazos degenerativos el traslado de los montañeses a la ciudad, y como motivo de regeneración la visita de los habitantes de las urbes al medio rural²⁴. En *Lo que puede una mujer*, Ricardo se veía

19. Pedro Antonio de ALARCÓN, *El niño de la bola*, Madrid, Imprenta Central, 1880, pp. 205-206.

20. Leopoldo ALAS, *Solos de Clarín*, Madrid, Alfredo de Carlos Hierro, 1881, pp. 201-202.

21. Manuel POLO Y PEYROLÓN, *Los Mellizos. Cuadro de costumbres de la sierra de Albarracín*, Madrid, Antonio Pérez Dubrull, 1871.

22. Manuel POLO Y PEYROLÓN, *Lo que puede una mujer. Novela original de costumbres españolas*, Madrid, Antonio Pérez Dubrull, 1872, p. 51.

23. CHARQUES, “Recorriendo Madrid...”, pp. 215-225.

24. John AKERS, “Out of the garden and into the city: José María de Pereda’s Pedro Sanchez”, *Anales galdosianos*, 20 (1985), pp. 23-27 y Raquel GUTIÉRREZ SEBASTIÁN, “Luces y sombras de Madrid en la narrativa de Pereda”, *Anales de literatura española*, 24 (2012), pp. 125-140, <https://doi.org/10.14198/ALEUA.2012.24.07>.

obligado a retornar a Vallehermoso. Su madre, alarmada por las noticias que le llegaban de Madrid, había confiado en que la benéfica influencia del medio rural regenerase a su hijo. Por tanto, con su último aliento, había dispuesto que el joven sólo disfrutara de su herencia si pasaba un año en compañía de su hermana adoptiva Guadalupe. Con ello, Polo sentaba las bases para que Ricardo viviera un proceso de conversión similar al que Pereda ensayó en *Peñas arriba* (1895), novela en la que un señorito madrileño encontraba su propósito en la vida tras aceptar una invitación para pasar una temporada en el valle de Tablanca. Con esta conversión el escritor polanquino ensalzó un medio rural que consideraba superior al madrileño, pues la capital era, en su opinión, una urbe cada vez más desnaturalizada²⁵. Otro tanto hizo Polo al narrar la metamorfosis de Ricardo, que terminaba asumiendo su puesto de patriarca rural y se casaba con Guadalupe.

Como en el caso de Alarcón, en sus primeras novelas, Polo no cayó en la tentación de pintar personajes caricaturescos. Como el escritor granadino, sí trazó héroes que siempre reaccionaban de forma acertada y funcionaban como referentes morales. Así sucede con Ana María, protagonista de *La tía Levítico*, que le sirvió para presentar un modelo de virtud femenina en el que prevalecía la resignación cristiana²⁶. En todo caso, lo que predominaron fueron personajes imperfectos, bien porque –como Julián o Ricardo– habían perdido el rumbo, bien porque –como el tío Mamés– tenían virtudes y defectos. Sin embargo, el escritor carlista sufrió la misma involución literaria que condujo a Alarcón a dibujar personajes inequívocamente buenos o malos y a inventar un retrato maniqueo de la realidad. Este retroceso, que se hizo patente cuando Alarcón llegó al extremo de despachar la descripción de un secretario de ayuntamiento otorgándole el título de “mala persona” o cuando Polo convirtió a Liláilas en un engendro tan abominable como Vitriolo²⁷, llevó a ambos a incumplir el pacto de verosimilitud que debería regir toda novela realista. En nuestra opinión, este retroceso no responde a los objetivos docentes y moralistas que ambos asignaban a la literatura, pues la meta de “moralizar deleitando”, ser “útil a mi patria y a mis conciudadanos” o “contribuir [...] a la restauración en Cristo del edificio social” estuvo presente desde el mismo momento en que tomaron la pluma²⁸. Por el contrario, estimamos que dicha involución se debió a la quiebra del optimismo que prevaleció en sus primeras obras literarias.

El fin del optimismo de Manuel Polo y Peyrolón

La primera novela de Polo (1868) tuvo como escenario Las Vegas, una población rural ficticia en que la tradición se mantenía incólume. De hecho, el catedrático de instituto afirmó que en dicho villorrio todo el mundo asistía a Vísperas y al Rosario, dando a entender que la religión continuaba ocupando un papel central en la vida cotidiana. En la misma línea, en *La tía Levítico* (1871) aplaudió que los pobladores de Tramacastilla, municipio de la sierra de Albarracín en el que se desarrollaba la novela, solo tuviesen acceso al *Boletín Oficial de la Provincia*, lo que dificultaba la irrupción de la política en

25. Stephen MILLER, “Madrid y la problemática regionalista en Pereda y Galdós”, *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, LXIV (1988), pp. 223-251.

26. POLO Y PEYROLÓN, *La tía Levítico...*, pp. 96-97.

27. Pedro Antonio de ALARCÓN, *La Pródiga*, Madrid, Sucesores de Rivadeneira, 1893, p. 23, y Manuel POLO Y PEYROLÓN, *Pacorro. Novela de costumbre serranas*, València, Tipografía Moderna, 1905.

28. Manuel POLO Y PEYROLÓN, *Borrones ejemplares. Miscelánea de artículos, cuentos, parábolas y sátiras*, València, Imprenta de Manuel Alufre, 1883, p. VII, y Pedro Antonio de ALARCÓN, *Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública del Excmo. Señor D. Pedro Antonio de Alarcón*, Madrid, Imp. Central, 1877, p. 10.



esta sociedad tradicional²⁹. *Los Mayos* (1878), la novela que mayor reconocimiento le reportó, tenía como escenario Vallehermoso, una aldea ficticia que ya había explorado en *Los mellizos* (1871), relato en que la presentó en términos laudatorios que contrastaban con los dedicados a Teruel, capital de provincia descrita como una urbe vieja y fea. Volviendo a *Los Mayos*, en esta novela Polo hizo hincapié en que Vallehermoso sufría el avance del progreso o *nouveauté*, una suerte de “sucio polvo que por la más delgada rendija se introduce” y que llegaba incluso a “países como éste, enemigos de los adelantos modernos, y partidarios entusiastas de las rancias rutinas españolas”³⁰.

Si la Tramacastilla de *La tía Levítico* vivía de espaldas a fenómenos como el auge de la prensa, en el Vallehermoso de *Los Mayos* ya resonaba el eco de las logias, los casinos e incluso de los bailes disolventes que causaban furor en las ciudades. Aunque *Los Mayos* (1878) nos recuerda a “Palique”, el capítulo de *Nubes de estío* en que Pereda denunció la imitación de formas de andar, vestir, hablar o peinarse de moda en la capital³¹, no podemos olvidar que al Vallehermoso de *Los Mayos* aún solo llegaba un periódico. Para más inri, esta publicación era *El Siglo Futuro*, un diario carlista al que se había suscrito el cura de la localidad³². Aunque Vallehermoso había perdido parte de su lustre, el escritor carlista lo dibujaba como un lugar en el que los males representados por las costumbres modernas se veían atenuados por el imperio de la tradición. No obstante, los jóvenes de la población serrana ejercían de guardianes de las costumbres cuando, ante matrimonios que incumplían las convenciones sociales, celebraban cencerradas. Éstas, aseguraba Polo, no habían logrado ser proscritas por “la Constitución, ni los derechos inaguantables [*sic*], ni las amonestaciones de la autoridad, ni las alcaldadas, ni la fuerza pública”³³. Por tanto, el mundo rural continuaba dando pruebas de impermeabilidad ante fenómenos como el triunfo de las instituciones liberales o la modernización de las costumbres.

Esta visión optimista cambió rápidamente, como bien demuestra la siguiente novela de Polo. En *Sacramento y concubinato* (1884) la trama se desarrolla en Peñascales, otra aldea imaginaria ubicada en la sierra de Albarracín. En esta obra podemos afirmar, ya sin ambages, que el autor describe el mundo rural como un espacio sometido a rudo asedio por parte de la modernidad, pues las ideas y las costumbres que estaban desfigurando las ciudades se infiltraban en Peñascales a través de las brechas abiertas por las nuevas infraestructuras y por los labradores serranos que se veían obligados a aprovechar el crudo invierno para trabajar en otras regiones españolas. En consecuencia, si en *Los Mayos* la gran mayoría de la juventud de Vallehermoso seguía comprometida con la tradición y en *La tía Levítico* los únicos liberales de Tramacastilla eran “cuatro o seis hijos predilectos de Baco”, en *Sacramento y concubinato* nos encontramos con que la mayoría de los jóvenes de Peñascales malgastan las noches en hacer diabluras en la

29. Manuel POLO Y PEYROLÓN, *La Flor de las Vegas. Cuento original. Costumbres de la sierra de Albarracín*, Madrid, Est. Tip. de A. Moreno, 1870, pp. 5-14. y POLO Y PEYROLÓN, *La tía Levítico...*, pp. 51-52.

30. POLO Y PEYROLÓN, *Los Mellizos...*, pp. 7-9, y Manuel POLO Y PEYROLÓN, *Los Mayos*, ed. de Teruel, Ayuntamiento de Albarracín, 1982, pp. 12-13.

31. MILLER, “Madrid y la problemática regionalista...”, pp. 223-251.

32. POLO Y PEYROLÓN, *Los Mayos*, p. 119.

33. *Ibidem*, pp. 155-157.

aguartería o jugar a los naipes y la nómina de liberales incluye a los principales cargos públicos y a los mayores contribuyentes del municipio³⁴.

Cuando décadas después, ya en 1905, Polo decidió volver al campo de la novela, lo hizo retomando los mimbres que mejor conocía, en lo que parecía una última oportunidad para reverdecer los ya decrépitos laureles de su fama literaria. *Pacorro*, además del título de la novela, era el nombre con el que los aldeanos de Tapiasrojas conocían al protagonista de ésta. Buen estudiante, Pacorro elegía disfrazar su forma de hablar con el halo de benéfica ignorancia que el escritor carlista atribuía al pueblo tradicional. De esta forma, Polo sugería que, ante el peligro que suponía la expansión del espíritu crítico, cierta ignorancia era socialmente útil para los estratos inferiores de la sociedad. Con ello, llegó a la misma conclusión a la que José Cadalso ya había llegado casi un siglo atrás³⁵. Sin duda, esta novela constituía un panegírico de la sociedad serrana, pues en ella se apuntaba que era en pueblos como Tapiasrojas donde, merced a un mayor contacto con la naturaleza, se desarrollaban los corazones más sanos y nobles y nacían los mayores afectos y heroísmos. En todo caso, nos parece evidente que, con el paso de las décadas, el idílico retrato de la Sierra de Albaracín había perdido brillo. Si en sus primeras obras el entorno serrano era definido como un espacio inmaculado, en el que apenas habían hecho mella la política o el liberalismo, en *Pacorro* asistimos al reconocimiento por parte de Polo de una realidad que ya había ido anticipando en sus anteriores novelas: el medio rural ya no era un verdadero sagrario de la tradición.

De hecho, el enfrentamiento entre el sacerdote y el alcalde de Tapiasrojas simboliza el choque entre carlismo y liberalismo o entre religión y Estado, pero también un reconocimiento tácito de la división del medio rural entre los partidarios de uno y otro bando. Desde luego, el de la disolución del mundo rural tradicional no era, a esa altura, un tema novedoso. No obstante, ya había pasado casi medio siglo desde que Ramón de Mesonero Romanos apuntara que éste se hallaba en peligro de extinción³⁶. Asimismo, también Fernán Caballero³⁷, décadas atrás, había denunciado que la modernidad campaba a sus anchas incluso en los parajes más recónditos de España. Desde un costumbrismo impregnado de ansias docentes y moralizadoras, Ramón de Mesonero Romanos y Cecilia Böhl de Faber reaccionaron a los cambios que tanto les disgustaban entregándose a rescatar costumbres y tipos que valoraban en riesgo de desaparecer y consideraban inherentes al *Volkgeist* español³⁸. En el caso de Polo, su principal reacción fue acentuar el tono moralista, sustituyendo la inocencia idealista de sus primeros escritos por un fatalismo marcado por el pesimismo. Con ello, el catedrático de instituto siguió una tendencia similar a la del padre Coloma o a la del mismo Alarcón, que en las novelas posteriores a *El escándalo* (1875) dibujó un mundo moral intransigente y sencillo, en el cual los personajes buenos eran indudablemente buenos y —como veremos en el próximo

34. POLO Y PEYROLÓN, *La tía Levítico...*, pp. 107-109, e ídem, *Matrimonio civil...*, pp. 28-40.

35. José CADALSO, *Cartas marruecas*, ed. de Madrid, Calleja, 1917, pp. 48-49.

36. Toni DORCA, “Illustrating Pereda: Picturesque Costumbrismo in El sabor de la tierra”, *Arizona Journal of Hispanic Cultural Studies*, 6 (2002), pp. 97-114, <https://doi.org/10.1353/hcs.2011.0370>.

37. Sobre Cecilia Böhl de Faber puede leerse la larga introducción de Mercedes COMELLAS (ed.), *Obras escogidas*, Sevilla, Fundación José Manuel de Lara, 2010.

38. José F. MONTESINOS, *Costumbrismo y novela. Ensayo sobre el redescubrimiento de la realidad española*, Madrid, Castalia, 1983, pp. 63-73 y Jesús CASEDA TERESA, “Costumbrismo y estética literaria de Fernán Caballero”, *Cuadernos de investigación filológica*, 12-13 (1987), pp. 69-82, <https://doi.org/10.18172/cif.2126>.



epígrafe— los malos difícilmente se corregían, por lo que en ocasiones acababan en el mismo infierno³⁹.

Volviendo a *Pacorro*, con el trasfondo del enfrentamiento entre religión y tradición por un lado y liberalismo y modernidad por el otro, tenían lugar dos historias amorosas. La primera de ellas implicaba a Pacorro y a Rosa, mientras que la segunda involucraba al noble don Jaime y a la virtuosa doña Amelia, cuya relación amorosa solo encontraba un impedimento: el aristócrata no podía rehuir las obligaciones derivadas de sus convicciones políticas, que le exigían postergar las nupcias por haberse comprometido a colaborar en el levantamiento carlista de la provincia de Teruel. En esta obra, Polo elogiaba a las élites rurales, hasta el punto de extender su liderazgo al plano simbólico, pues no parece casualidad que el palacete en el que moraba don Jaime se encontrara en la calle más alta de Tapiasrojas, dominando toda la aldea. Ahora bien, como en el caso de Fernán Caballero, Pereda, Alarcón o —desde el campo de la filosofía política— Donoso Cortés, el político carlista no homenajeaba a la oligarquía *per se*, pues la figura de don Jaime era contrapuesta a la de los “*demoños* que se han enriquecido con la *mortización*”, a los que acusaba de ignorar la responsabilidad social que comportaba la riqueza y no darse cuenta de que las élites tenían la obligación de prevenir la lucha de clases por medio del uso disuasorio de la influencia y el poder económico⁴⁰.

En *Pacorro*, la guerra civil (1872-1876) casi queda convertida en mera interrupción de la trama, pues aparentemente no cambia gran cosa. Terminado el conflicto, todos vuelven a sus casas y la aldea apenas sufre la baja del padre Gregorio, que muere debido a los disgustos que padece mientras trata de mantener incólume el patrimonio de don Jaime. Entre dichos sinsabores destacan los infligidos por un secretario del gobierno provincial, cuyas demasías son violentamente atajadas por Pacorro. Este hecho termina siendo crucial para el desenlace de la novela, pues como había pronosticado el párroco de Tapiasrojas, “quien a hierro mata a hierro muere”. Polo, olvidando el idealismo de sus primeras obras, hace morir a Pacorro a manos de Liláilas. Aunque su muerte es ejemplar, prueba que el tiempo en que la redención y el perdón eran posibles ha terminado.

Otro tanto de lo mismo podemos decir de Alarcón, que también se alejó del optimismo de sus primeras obras. El escritor guadijeño, del que muchos sospechaban por su participación en la Vicalvarada (1854) y la Revolución Gloriosa (1868), respondió a la implantación de la Restauración redoblando su compromiso político con la contrarrevolución. En nuestra opinión, la necesidad de hacer creíble un proceso de transición política que contó con hitos como el ingreso en el sector más reaccionario del Partido Conservador (1875) o en la Real Academia Española (1877), le acercó a una definición maniquea e intransigente de la realidad⁴¹. A su vez, la progresiva postergación de la facción más abiertamente confesional y ultramontana de la formación política canovista debió alimentar un pesimismo que terminó inundando su obra. Que este bloque quedó arrinconado incluso antes de que Cánovas abandonase el poder queda probado por

39. Lieve BEHIELS, “La estética de contrastes del P. Luis Coloma en Pequeñeces”, en Lieve BEHIELS y Marteen STEENMEIJER (eds.), *Asimilaciones y rechazos. Presencias del Romanticismo en el Realismo español del siglo XIX*, Ámsterdam, Rodopi, 1999, p. 65, <https://doi.org/10.1163/9789004488977>.

40. POLO Y PEYROLÓN, *Pacorro...*, pp. 32-33; SUÁREZ CORTINA, “José María de Pereda...”, p. 328, y Aquilino DUQUE GIMENO, “Fernán Caballero: La Tradición y el Paisaje”, *Boletín de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras*, 25 (1997), pp. 153-158.

41. Ignacio Javier LÓPEZ, *Pedro Antonio de Alarcón (prensa, política, novela de tesis)*, Madrid, Ediciones de la Torre, 2008, pp. 204-218.

el fracaso del proyecto de restaurar la unidad católica, por la decisión del político malagueño de ignorar el plan de estudios elaborado por Marcelino Menéndez Pelayo o por el rechazo que suscitó la elevación al Ministerio de Hacienda del antiguo moderado Manuel Orovio Echagüe (1817-1883).

En el caso de Polo, consideramos que no tenía menos razones para sentirse abatido, pues si la facción más reaccionaria del Partido Conservador no logró imponer sus reivindicaciones pese a formar parte del bloque en el poder, pocas esperanzas le restaban al carlismo. Además, a la altura de la década de 1880, el político legitimista ya debía ser consciente de que, si la consolidación de la Tercera República francesa había frustrado las esperanzas de quienes años atrás dieron por hecha la restauración de la monarquía en el país vecino, la estabilización del régimen de la Restauración cerraba las puertas del poder a los partidarios de un proyecto antiliberal que había vivido un período de apogeo durante el Sexenio Democrático (1868-1874).

La victoria del fatalismo y de la pulsión docente y moralista

En *El amigo de la muerte*, relato firmado en 1852, Alarcón hizo un generoso ejercicio de transigencia con el alma de un joven zapatero que, pese a haber acabado con su vida, era perdonado durante el Juicio Final⁴². Más de dos décadas después, en *El sombrero de tres picos* (1874), empleó el epílogo para premiar el buen corazón de algunos de sus personajes, pero también para castigar actitudes poco convenientes o redimir a los villanos de la novela. Así, los molineros protagonistas de la obra sobrevivieron a la Guerra del Francés y vivieron en armonía hasta edad avanzada. Sin embargo, Alarcón no se mostró dispuesto a pasar por alto el hecho de que Frasquita, mujer naturalmente buena, fuese vanidosa y provocara a los hombres. En consecuencia, para castigar su comportamiento disoluto y su transgresión del rol de género tradicional, dispuso que no llegase a ver cumplido el sueño de tener hijos⁴³. En todo caso, lo más llamativo del epílogo de *El sombrero de tres picos* es que el corregidor y el alcalde de Monterilla que secundaba sus deshonestas y estériles artimañas para seducir a Frasquita encontraban la redención en la guerra, aunque ésta sólo era posible gracias a una muerte heroica. Así, el corregidor fallecía en prisión tras negarse a transigir con las instituciones francesas y su antiguo colaborador abandonaba la alcaldía para convertirse en un heroico guerrillero que, antes de morir, acababa con la vida de decenas de soldados franceses⁴⁴.

Nuestra impresión es que, con el paso del tiempo, el optimismo y la generosidad de la pluma de Alarcón se fueron agotando. Un ejemplo significativo lo encontramos en *El niño de la bola* (1880), novela cuya historia gira en torno a Manuel Venegas, joven cuyo padre se había arruinado por armar y mantener una partida de voluntarios de caballería al frente de la cual había obtenido sonados triunfos durante la Guerra del Francés. Vacíos sus cofres y asoladas sus propiedades, Rodrigo Venegas se había visto obligado a contraer cuantiosas deudas con un usurero al que los vecinos del lugar conocían como Caifás. Muerto Rodrigo Venegas, durante el incendio de la vivienda de

42. Pedro Antonio de ALARCÓN, *Obras literarias, III*, ed. de Madrid, Fundación José Antonio de Castro, 2005, pp. 522-526.

43. Conxita DOMÈNECH, Adriana NOYA y Kathleen WILHELM, “Una serrana domesticada: La señora Frasquita en *El sombrero de tres picos* (1874)”, *Romance Quarterly*, 65 (2018), p. 8, <https://doi.org/10.1080/08831157.2018.1396116>.

44. ALARCÓN, *El sombrero de tres picos*, pp. 155-157.



Caifás, penetró en ésta para poner a salvo los documentos que acreditaban que debía tres millones de reales, el usurero se hizo con todas sus propiedades y Manuel, huérfano, quedó a cargo del cura Trinidad Muley. Bajo su tutela, el joven se enamoró obsesivamente de la niña Soledad, única hija de Caifás. Entonces, Manuel trazó el siguiente plan: reunir dinero gracias a los recursos de la sierra y ganarse el cariño y el miedo de todos sus vecinos para evitar que sucumbieran a la tentación de pedir la mano de Soledad.

Tras reunir un buen capital, durante el tradicional Baile de la Rifa, Manuel se comprometió a pagar quinientos duros a cambio de danzar con Soledad. Sin embargo, Caifás superó su puja y aprovechó la ocasión para anunciar ante todo el pueblo que, aun habiéndose quedado con todas sus propiedades, Rodrigo Venegas le había dejado a deber un millón de reales. En respuesta, Manuel anunciaba que se marcharía del pueblo para enriquecerse y saldar las deudas de su padre, al tiempo que advertía a la concurrencia de que, cuando regresara, mataría a cualquiera que hubiese osado interponerse entre él y Soledad. Pasados los años, Manuel volvía con una enorme fortuna, obtenida tras guerrear en América y dar la vuelta al mundo. Su retorno causaba impresión, pues durante su ausencia Soledad había contraído matrimonio. Aunque con dificultades, Trinidad Muley lograba contener la furia de Manuel y le convencía de abandonar sus ideas homicidas. Sin embargo, Vitriolo conspiraba para que éste recibiese una carta en la que Soledad le confesaba que siempre lo había amado y le rogaba que no se marchara. A raíz de esto, durante una nueva edición del Baile de la Rifa, Manuel pujaba cien mil reales para bailar con Soledad. Incapaz de contrarrestar tal cantidad, su esposo asistía impotente al abrazo de los dos amantes, aunque apuñalaba a Manuel en el corazón cuando, horrorizado, se daba cuenta de que éste había segado la vida de Soledad a fuerza de estrujarla.

188

En nuestra opinión, resulta significativo que, tras dedicar decenas de páginas a los intentos de Trinidad Muley de convencer a Manuel de que se marchase de tierras accitanas sin consumir su proyecto adúltero y homicida, el protagonista se retractase y olvidase sus propósitos de enmienda en el breve epílogo de la novela. Dado el final dramático de su escrito, Alarcón debió sentirse obligado a justificar su decisión de acabar con la vida de Manuel. Sin embargo, el escritor ventiló esta cuestión en unas pocas líneas y se limitó a apuntar que, por haber perdido la fe, el joven protagonista de la novela había quedado incapacitado para discernir el bien del mal, resistirse a las tentaciones o refrenar sus instintos⁴⁵. De acuerdo con este razonamiento, desde el principio de *El niño de la bola*, Manuel parece condenado a un final trágico. La redención, que para el Fabián de *El escándalo* (1875) siempre fue una posibilidad, se antoja imposible para Manuel, pues en 1880 Alarcón ya no se conforma con enseñar a sus lectores que los bienes materiales y el reconocimiento social son realidades efímeras que palidecen ante el fin último de salvaguardar la salud del alma, sino que busca demostrar que, sin el auxilio de la fe, la salvación del individuo y el mantenimiento del orden social son logros inalcanzables.

El ejemplo más significativo de la pérdida del optimismo que llevó a Alarcón a abundar en finales trágicos y con una marcada finalidad didáctica lo encontramos en *La Pródiga* (1882). En esta obra, Julia, personaje que ha perdido la fe como consecuencia de la lectura de las obras románticas de lord Byron y George Sand, termina quitándose la vida, tal y como había hecho el zapatero de *El amigo de la muerte* (1852). Sin embargo, a la hermosa protagonista de *La Pródiga*, cuyo verdadero problema reside en que su padre fue un aristócrata volteriano que no se preocupó lo suficiente por su educación religiosa⁴⁶,

45. ALARCÓN, *El Niño de la Bola*, p. 332.

46. José F. MONTESINOS, *Pedro Antonio de Alarcón*, Madrid, Castalia, 1977, p. 266.

no le basta con demostrar que, más que con el estereotipo de *femme fatale*, habría que identificarla como una mujer buena, pero desafortunada en el amor. De hecho, Julia no encuentra ni el perdón, ni la redención, ni la piedad de la que disfrutó el joven remendón tres décadas atrás. En *La Pródiga*, el sacerdote se niega a dar sepultura eclesiástica a Julia, pero sus antiguos vasallos la velan con devoción, la entierran bajo un sauce y destinan los mil duros que ésta ha legado a los pobres del cortijo a rezar misas en beneficio de su alma. La actitud de los vecinos del Cortijo de los Abencerrajes parece halagüeña, pero Alarcón se cuida de desvanecer toda esperanza. De hecho, se encargó de remarcar que nadie volvió a hablar de Julia una vez fue sepultada: “no se habló al principio, por cristiana deliberación de no recordar sus graves errores, y no se ha hablado después, por natural olvido de todos y cada uno de los personajes de esta historia”⁴⁷.

En el caso de Polo, podemos afirmar que, conforme aumentó la disolución del mundo rural, también se desvanecieron las esperanzas de una transformación en positivo de los personajes de sus obras. En nuestra opinión, el barón de Benirráfol, que forma parte del elenco de personajes de *Quién mal anda ¿cómo acaba?* (1890), funciona como el reverso de Ricardo, protagonista de *Lo que puede una mujer* (1872). El barón, además de desentenderse del futuro de su alma, es incapaz de aprovechar su instrucción y fortuna para llevar una vida honesta. Por tanto, sirve a Polo para zaherir a los zánganos que ignoran la responsabilidad que comporta la riqueza y ponen en peligro la supervivencia del edificio social tradicional. En esta novela, el barón contrae matrimonio con Virtudes, una joven pobre y honrada. Tras el enlace, los recién casados dedican su luna de miel a visitar santuarios católicos y permanecen varios meses en una aldea en la que el barón goza de las sanas costumbres rurales. Todo parece servido para que, como décadas atrás ocurrió en *Lo que puede una mujer*, Virtudes logre la conversión de su esposo. Ahora bien, aunque afirmó que “sin ser bueno [...] tenía excelente fondo, principios y fundamentos cristianos”, Polo, frustrado por el cierre de oportunidades políticas que suponía el fortalecimiento del proyecto canovista, demuestra que ya no está dispuesto a perdonar a quienes “conculcan diariamente todos los mandamientos de la ley de Dios y de su Iglesia santa”⁴⁸. De hecho, la novela acaba de forma abrupta: el marqués, aliviado al ver que uno de sus ataques de celos era infundado, se lanza a besar a Virtudes y ésta, violentada, le da un empujón que le causa la muerte.

La devastación de la prosa de Alarcón y de Polo no solamente se manifestó a través de la construcción de un universo maniqueo, en el que los personajes eran inequívoca e invariablemente bondadosos o inicuos. Una de las principales muestras de su progresiva obsolescencia estética y literaria reside en su creciente predisposición a interrumpir el curso natural de sus novelas con el objetivo de introducir discursos políticos y morales ajenos a la trama de sus obras. En el caso del escritor granadino, incluso en sus cuentos podemos encontrar digresiones e interrupciones del *tempo* literario con fines pedagógicos. A modo de ejemplo, ya en *El coro de los ángeles* (1858) dedicó más de una página a disparatar sobre el baile, al tiempo que también interrumpió la narración para introducir un breve capítulo en el que recomienda a las mujeres que eviten participar de habladurías como las que, en este relato, se cobran la vida de la humillada Casimira⁴⁹. Sin

47. ALARCÓN, *La Pródiga*, pp. 381-386.

48. Manuel POLO Y PEYROLÓN, *Quién mal anda ¿cómo acaba?*, Valencia, Biblioteca del Diario de Valencia, 1915, pp. 143-152.

49. Pedro Antonio de ALARCÓN, *Cuentos amatorios*, Madrid, Imprenta y fundición de M. Tello, 1881, pp. 47-48 y 59-60.



embargo, los mejores ejemplos de la victoria del afán docente sobre las intenciones artísticas los encontramos en sus últimas novelas. En esta línea, nos parece especialmente reseñable el caso de *El niño de la bola*, obra en la que es posible encontrar todo un capítulo, titulado “Dos retratos, por vía de entremés”, que el mismo Alarcón se atrevió a definir como un “capítulo inútil, que pueden dejar de leer los impacientes”⁵⁰. En nuestra opinión, debía de ser perfectamente consciente de que Pepito y Luisa, personajes introducidos en este capítulo, no desempeñaban ningún papel en la trama; solamente servían como pretexto para que el autor trufase los últimos epígrafes de *El niño de la bola* de críticas a los autores ilustrados y a los postulados románticos.

En realidad, la interrupción del relato por medio de discursos que, más que a enriquecer la narración, apuntaban a combatir el liberalismo político o a promover una moral de corte conservador, no era una novedad. Especialmente a partir de la publicación de *Clemencia* (1863), Fernán Caballero dedicó decenas de páginas de sus novelas a denunciar fenómenos como el crecimiento de la burguesía especuladora, el auge de la indiferencia religiosa, el apogeo del materialismo o el triunfo de las ideas liberales⁵¹. Además, este fenómeno no fue exclusivo de los intelectuales conservadores, pues también el republicano Wenceslao Ayguals de Izco empleó sus novelas para criticar gobiernos, exponer proyectos reformistas o difundir ideas económicas⁵². Por su parte, Polo también reaccionó a las crecientes transformaciones económicas, sociales y políticas contemporáneas aferrándose a los referentes de un mundo en proceso de disolución e interrumpiendo el *tempo* literario de sus obras con el objetivo de dejar clara su posición política y moral. A modo de ejemplo, *Pacorro* (1905) es una novela plagada de discursos antiliberales ajenos a la trama, de entre los cuales nos gustaría remarcar los protagonizados por el párroco de Tapiasrojas. Asimismo, en esta obra también podemos destacar las interrupciones que Polo llevó a cabo al aprovechar el retorno de la guerra de los jóvenes soldados para exaltar las virtudes del hogar y la familia cristiana⁵³.

Conclusiones

En *Borriones Ejemplares* (1883), Polo apuntó que “la moralización indirecta ha sido y será siempre la más seductora y ejemplar”⁵⁴, pero a partir de la publicación de *Sacramento y concubinato* (1884) fue incapaz de mantener oculta la función moralizadora de sus escritos. En consecuencia, su método fue agotándose, en un fenómeno que se vio agravado por el hecho de que sus nuevas obras eran difíciles de tomar en serio por parte de un público cada vez más reacio a tolerar personajes planos y unidireccionales. El crecimiento del mercado editorial, que en parte respondía a una caída en los índices de analfabetismo⁵⁵, parecía señalar el comienzo de un período propicio para que Polo y Alarcón encontrasen en la literatura la trascendencia que también buscaban en la política.

50. ALARCÓN, *El Niño de la Bola*, pp. 160-171.

51. Sobre esta cuestión se recomienda la lectura de María Alicia LANGA LAORGA, “Fernán Caballero: el reflejo de una época”, *Cuadernos de historia moderna y contemporánea*, 7 (1986), pp. 141-162.

52. Xavier ANDREU, “Articular la nación: la María de Ayguals de Izco y la nacionalización española (1845-1850)”, *Rubrica contemporánea*, 6/11 (2017), pp. 38-39, <https://doi.org/10.5565/rev/rubrica.135>.

53. POLO Y PEYROLÓN, *Pacorro...*, pp. 128-129.

54. POLO Y PEYROLÓN, *Borriones ejemplares...*, p. VII.

55. Germán RUEDA HERNANZ, “Enseñanza y analfabetismo”, en Manuel SUÁREZ CORTINA (ed.), *La cultura española en la Restauración*, Santander, Sociedad Menéndez Pelayo, 1999, p. 15.

Sin embargo, su decisión de acumular personajes y situaciones inverosímiles puso a prueba la paciencia de ese público lector en constante expansión. Convencidos de la inferioridad intelectual del lector promedio, ambos forzaron más y más el pacto de verosimilitud. Para su desgracia, lo hicieron en un contexto en el que la crítica literaria comenzaba a deleitarse con los géneros naturalista y realista importados desde Francia y las clases medias disfrutaban de niveles formativos cada vez más altos.

El mismo Pereda advirtió a Polo del peligro de que su involución literaria le sumiera en la irrelevancia. A modo de ejemplo, lamentó que el ritmo de *Sacramento y concubinato* (1884) quedara interrumpido por fragmentos como el de la minuciosa descripción del ceremonial característico de los enlaces matrimoniales en el medio rural. De acuerdo con el escritor montañés, no había novela que pudiese resistir que su autor dedicara decenas de páginas a explorar temáticas ajenas a la historia que deseaba contar⁵⁶. Asimismo, Pereda también recordó a Polo que, aunque ser “un terrible propagandista católico” era una inclinación aceptable, podía tener efectos nocivos. Sin duda, era consciente de que la propensión de éste a reforzar el carácter didáctico de sus escritos podía restarles interés artístico, limitando su capacidad para atraer a un público amplio y heterogéneo⁵⁷. También Emilia Pardo Bazán trató de advertirle de que la creciente brecha entre los métodos y percepciones de ambos condenaba a su interlocutor a convertirse en un transmisor obsoleto de su mensaje. Es más, afirmó que, mientras que Polo buscaba contrarrestar con novelas católicas el aluvión de novelas malas, ella solo aspiraba a escribir buenas novelas, pues no entendía que en este género artístico hubiese espacio para la apologética. Aunque la interpretación del naturalismo practicada por Pardo Bazán sí dejaba espacio para el utilitarismo docente, la novelista coruñesa se declaró a favor de suprimir “disertación, tesis y argumentos más o menos disfrazados”⁵⁸. En nuestra opinión, esto la distanció cada vez más de escritores como Polo o Alarcón.

A la postre, ni Pereda ni Pardo Bazán se equivocaron: cuando en 1905 publicó *Pacorro*, Polo ya había perdido la mayor parte de su predicamento literario. Aunque sobrevivió como un autor cuyas novelas aún podían encontrar lectores que las consumían con delectación, cada vez se vio más obligado a confiar en que sus correligionarios hiciesen un gesto de afirmación militante agotando las tiradas de sus obras. Otro tanto ocurrió con Alarcón, cuyo método literario dio rápidas muestras de agotamiento tras el colosal triunfo de *El sombrero de tres picos* (1874) y *El escándalo* (1875). Su falta de interés por adaptarse al realismo y el naturalismo y su decisión de reforzar la faceta docente y moralizadora de sus novelas lo convirtieron en un transmisor cada vez más obsoleto de su mensaje. En todo caso, su derrota tampoco fue absoluta, pues siguió atrayendo a un público formado por lo que él calificaba de hombres de bien y mujeres sanas⁵⁹. Tampoco fue definitivo, pues –aunque la apoteosis de los movimientos

56. José María GARCÍA DE PEREDA, “Carta a Manuel Polo y Peyrolón, Polanco (Cantabria), 12-IV-1884”, REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA [en adelante, RAH], *Colección Polo y Peyrolón*, sign. 9-7907.

57. José María GARCÍA DE PEREDA, *Cuarenta cartas inéditas a Manuel Polo y Peyrolón*, Santander, Fundación Botín, 1990.

58. RAH, *Colección Polo y Peyrolón*, Sign. 9-7907, Emilia PARDO BAZÁN, “Carta de Emilia Pardo Bazán a Manuel Polo y Peyrolón, s. l., 9-IV-1884”; Donald L. SHAW, *Historia de la Literatura Española, Siglo XX*, Barcelona, Ariel, 1981, p. 91, e ídem, “Romanticismo y anti-romanticismo en *El niño de la bola* de Alarcón”, en BEHIELS y STEENMEIJER, *Asimilaciones y rechazos*, p. 21-30.

59. Joan ESTRUCH, “Claves ideológicas de *El Escándalo*, de P. A. de Alarcón”, *Revista Hispánica Moderna*, 52 (1999), p. 313.



vanguardistas le condenara al ostracismo—, el cambio de rumbo que supuso la imposición de la dictadura franquista (1939), que le devolvió al estrellato⁶⁰.

Para entonces, ya hacía décadas que, después de una larga enfermedad, Alarcón había muerto (1891). Aún más tiempo había transcurrido desde que, tras publicar *La Pródiga* (1882), manifestó que abandonaba la literatura por estar convencido de que existía una conjura cuyo objetivo era silenciar su talento⁶¹. En nuestra opinión, resulta innegable que no llevaba bien las objeciones, pues ya en 1857 había prometido no escribir más obras de teatro después de que *El Hijo Pródigo* fuese maltratada por los críticos. Por tanto, no cabe duda de que la crudeza con que la crítica recibió *El niño de la bola* o *La Pródiga* (1882) —trabajo este último que Clarín llegó a tachar de inverosímil y disparatado— debió de causarle desazón. Aunque gracias a su fama literaria logró vender miles de ejemplares, también debió de resentirse al constatar que su tono grave y trascendental y su elevada carga de moralina propiciaron una recepción del público más fría que en otras ocasiones⁶².

Como ya hemos afirmado, Alarcón y Polo consideraban la literatura como una práctica política fundamental. Precisamente por ello, cuando el primero se dio cuenta de que sus obras ya no le iban a permitir imponer discursos morales, lecturas del pasado e imaginarios políticos en un público amplio, tomó la decisión de abandonar la publicación de novelas. De poco sirvió que incluso Clarín celebrara sus dotes de narrador, relativizara sus críticas y le animara a seguir escribiendo⁶³. En el caso de Polo, tras el fracaso de *Sacramento y concubinato* (1884) se decantó por la vía institucional y dejó de lado su carrera como novelista. Sin embargo, nunca la olvidó del todo y siguió anhelando un nuevo éxito que nunca llegaría, pues la reiteración de lo que a duras penas funcionaba en los años ochenta del siglo XIX difícilmente podía hacerle merecer el aplauso del público y la crítica décadas después.

En otro orden de cosas, creemos necesario remarcar la idea de que la progresiva postergación de Polo y de Alarcón no se debió a sus ideas ultramontanas. En esta línea, no hay que olvidar que *El escándalo* se diferenció de *El niño de la bola* más por el tono que por el contenido. Asimismo, el ejemplo de Pereda nos demuestra que ni siquiera la filiación carlista era un impedimento para triunfar y que un novelista con ideas reaccionarias podía gozar del aplauso del público y de la crítica. En realidad, ni Polo ni Alarcón fueron los únicos que escribieron sus novelas desde el miedo a que el auge de la sociedad de masas y la crisis del capitalismo pusiesen en entredicho la viabilidad de un modelo social y político elitista. De hecho, Alarcón formó parte de una nutrida elite que, tras asistir al fracaso de su intento por encauzar a las masas hacia un proyecto liberal de corte elitista, se lanzó a buscar remedios a las consecuencias de la modernidad entre las ruinas del mismo edificio político y social que, años antes, había contribuido a derruir.

60. Enrique RUBIO CREMADES, “La obra de Pedro A. de Alarcón a la luz de los siglos XIX y XXI”, en José Manuel GONZÁLEZ y otros (coords.), *El siglo que no cesa. El pensamiento y la literatura del siglo XIX desde los siglos XX y XXI*, Barcelona, Universitat de Barcelona, 2020, pp. 41-53.

61. Antonio LARA RAMOS, “Pedro Antonio de Alarcón: una vida más allá de la guerra de África”, en José Antonio GONZÁLEZ ALCANTUD (ed.) y Manuel LORENTE RIVAS (col.), *Pedro Antonio de Alarcón y la Guerra de África. Del entusiasmo romántico a la compulsión colonial*, Rubí, Anthropos, 2004, pp. 152-153.

62. LÓPEZ, *Pedro Antonio de Alarcón...*, pp. 241-243, y Antonio ENRIQUE, “África: radiografía de un sentimiento en Pedro Antonio de Alarcón”, en GONZÁLEZ ALCANTUD y LORENTE, *Pedro Antonio de Alarcón y la Guerra de África*, pp. 110-111.

63. MONTESINOS, *Pedro Antonio de Alarcón*, pp. 281-288.

Por tanto, cuando denunció la existencia de una gran conjura contra su obra, olvidó que durante la Restauración el clima cultural reinante era favorable para los partidarios del catolicismo conservador.

Tanto en su caso como en el de Polo, la pérdida de relevancia respondió, ante todo, a una obsolescencia estética y literaria estimulada por la frustración que les generó la deriva del régimen canovista o el hecho de que la restauración integral de la política y la sociedad europeas fuese un horizonte cada vez menos realista. Ahora bien, una parte de la repulsa a la que los sometió la crítica literaria sí pudo responder a que las obras de Polo y Alarcón rompieran con el consenso instaurado por las élites que encabezaban el nuevo régimen, que compatibilizó la libertad científica y docente con la hegemonía de la Iglesia católica en la esfera pública. Como demuestra el violento rechazo con el que muchos liberales acogieron la llegada de Manuel Orovio Echagüe (1817-1883) al Ministerio de Hacienda del gabinete encabezado por Cánovas del Castillo, la ruptura de este consenso nunca fue pacientemente tolerada. Al político moderado jamás se le perdonó que, como antiguo ministro de Narváez, hubiese promovido el *Decreto Orovio*, que limitó la libertad de cátedra y se saldó con la expulsión de sus cátedras de Nicolás Salmerón, Gumersindo de Azcárate o Francisco Giner de los Ríos⁶⁴. En una línea similar, los críticos literarios no vieron con agrado que, con sus personajes caricaturescos o sus discursos exageradamente ultramontanos, Polo y Alarcón, desencantados por el curso de los acontecimientos, pusieran en entredicho los escasos vestigios del liberalismo progresista que sobrevivieron al colapso del Sexenio Democrático.



64. Gonzalo CAPELLÁN y Fidel GÓMEZ, *El Marqués de Orovio y el conservadurismo liberal español del siglo XIX: una biografía política*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 2003.